

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, era la edad de la sabiduría, era la edad de la tontería, era la época de la credulidad, era la época de la incredulidad, era la estación de la luz, era la estación de la oscuridad, era la primavera de la esperanza, era el invierno de la desesperación, teníamos todo por delante, no teníamos nada por delante, íbamos directamente al cielo, íbamos directamente al otro extremo...

CHARLES DICKENS,  
*Historia de dos ciudades*



## PRIMERA PARTE

---



## I

### La víspera

En general, el carácter militar es simple, bueno, paciente; y se encuentra en él algo de infantil, porque la vida de los regimientos tiene algo de la vida de los colegios.

ALFRED DE VIGNY,  
*Servidumbre y grandeza militar*

En el primer momento le pareció que el cabo Atán estaba aterrorizado. O tal vez, furioso. O las dos cosas. Lo vio primero de perfil, la amenaza de su ojo izquierdo, enorme, negro y protuberante. Cuando lo nombró, el cabo miraba en dirección a la capilla del Hospital Militar, luego giró la cabeza lentamente hacia él. Pero al encararlo y ver, además del ojo izquierdo, el derecho, su expresión mansa y su sonrisa de niño, comprendió que no estaba asustado ni rabioso. Era sólo la impresión que causaban sus ojos, muy móviles y abiertos, casi salidos de las órbitas, vigilantes como los de un animal silvestre.

—Me dijeron que —dijo Jaime (esa costumbre de dejar las frases trucas)—. Ésta es la ropa para. O sea, del coronel Román.

El otro lo miraba sin dejar de sonreír vagamente, como si no comprendiera.

—La ropa del coronel —insistió—. Es mi padre. O sea, era. ¿Entiende? Para vestirlo. Está aquí, en el pensionado del. Me dijeron que se la entregara, que usted es el que se encarga? —terminó con una pregunta a medias.

—De los muertos, sí —susurró, recibiendo el paquete—, el coronel de la 417 que se murió hoy día temprano. Me espera aquí, ¿ya? Yo subo y después vamos a bajar el cajón por el montacargas.

Asintió. El cabo funerario se puso en marcha. Caminaba de una manera poco militar, desmadejada, como con pereza o con sueño. Arrastraba un poco los pies. No tenía puesta la gorra. El uniforme le quedaba suelto, colgaba de sus hombros huesudos formando pliegues. Sostenía el paquete con dos dedos y éste casi rozaba el suelo.

El hombre sacó un manojito de llaves del bolsillo y abrió la puerta de la pequeña capilla de madera que, con su techo puntiagudo y su cruz, parecía un dibujo de niño. Metió la cabeza hacia adentro, luego la sacó y dijo:

—Espéreme aquí afuera.

Cerró la puerta y cruzó el patio hacia una ancha puerta de dos hojas delante de la cual había un declive de cemento, ¿para las camillas? Entró y desapareció con el paquete.

Jaime se quedó sin saber qué hacer. ¿Debía haber entrado con él para ayudarlo o por lo menos estar presente mientras vestía el cadáver de su padre? Decidió esperar. Se apartó unos pasos y se detuvo ante una pileta circular en la que nadaban de mala gana unos peces rojos y debajo de ellos, palpitaban casi inmóviles dos grandes carpas grises. La pileta estaba circundada por un macizo de flores de color morado, cada una con un punto amarillo al centro. La tía María las llamaba “caras de suegra”. Ella también estaba muerta. Al sol hacía calor. A la sombra hacía frío. Los escalofríos de septiembre. A ratos se nublaban el cielo, a ratos se despejaba. Las nubes grisáceas se desplazaban con cierta velocidad, pero en el patio casi no soplaban viento.

Se apartó de la pileta y dio unos pasos hacia la puerta de la capilla. Se detuvo y bostezó. La noche anterior había dormido dos o tres horas a lo sumo. En el aire había olor a pólvora, olor a golpe. Había llegado a la casa después de las 11 de la noche (Alicia: “Tú por aquí a estas horas, ¿qué se te ofrece?”, ese maldito tono burlón) con la idea de sumergirse en la cama para dormir siete horas de un tirón. ¡Qué esperanza! El teléfono comenzó una hora después. Los llamados no cesaron hasta las tres de la madrugada y eran

todos alarmantes: Cisternas muy excitado: jefe, van camiones con tropas hacia Santiago, han pasado nueve, diez... siguen pasando. ¿Y qué dicen en Interior? Nada, no me pude comunicar. Bueno, llamo yo por el teléfono rojo. Aló, sí, déme con Daniel por favor, aquí Román, de la radio. Hola, Daniel, parece que vienen muchos camiones con tropas. La voz tan sosegada, sedante, casi pedante en su exagerada corrección gramatical: Sí, compañero, es el personal de la Escuela de Artillería de Linares. En el ministerio de Defensa se nos ha informado que estos efectivos vienen a participar en la Parada Preparatoria. ¿Será? Es lo que puedo informarle por ahora, compañero, es lo que tenemos en Interior. Bueno, Daniel, muchas gracias. Buenas noches. Buenas noches. Ramos: jefe, en Providencia la cosa arde. ¿Ah, sí? ¿Qué es lo que arde? Neumáticos, están quemando neumáticos en la esquina de Carlos Antúnez. ¿Quiénes? Los de la araña negra, muchos jóvenes. ¿Cuántos son muchos? No sé, unos cincuenta, sesenta. ¿Y nadie los enfrenta? Pasó un auto de Investigaciones, los tiros hicieron dos o tres disparos al aire, ellos apedrearón el auto. Se están oyendo balazos más arriba. ¿Y Carabineros? Bien, gracias. A ver, por allá parece que viene un furgón. Bueno, no te muevas, haz un despacho al estudio, que lo saquen al aire. Aló, Román, aquí Arriagada, de Valparaíso: otra vez andan rumores de alzamiento de la Marina, ahora más fuerte que nunca. En la Intendencia el abogado Vega dijo que no, hasta ahora todo normal, la Escuadra acaba de zarpar para las maniobras de la Operación Unitas. Hay mucha inquietud, la mitad del puerto duerme con un solo ojo. ¿Y la otra mitad? Está completamente despierta. OK, buenas noches. Otro bombazo. ¿Ahora qué? Jaime, Jaime, se echaron otra torre de alta tensión en La Florida. Aló, aló, los camioneros de Vilarín balearon a uno del Mopare en Padre Hurtado.

Así hasta la madrugada. ¿Vendrá el famoso golpe de una vez? Miró el reloj, tres de la tarde. Bostezó, sintió una punzada de hambre, no había almorzado. Pensó llamar a Alicia, ¿para escuchar recriminaciones? En vez de eso, decidió llamar a su madre. Capaz que todavía no supiera. En la oficina de Estadística del hospital le prestaron el teléfono. Se oyó una especie de mugido. La Emita, recordó, con su paladar perforado.

—Por favor, dígame a Elena que yo la llamo. Soy Jaime.

Otro mugido.

Luego, la voz tan conocida con su aló categórico.

—Aló, Elena, soy yo. Estoy llamando del Hospital Militar.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Bueno, llegué hace como una hora. Me avisaron que el papá murió hoy.

Pausa. Silencio.

—Hoy, por la mañana temprano. Yo me demoré en llegar. Tenía una reunión y además tuve que dejar las cosas andando en prensa.

Silencio.

—Bueno —carraspeó Jaime—, también fui a buscar ropa donde la. Porque había que vestirlo, ¿me entiende, mamá? El cuerpo va a quedar aquí, en la. Mañana va a ser el funeral. Voy a avisarle a mi tío Marcos, a la parentela. Usted podría avisarle a otros.

—Está bien —dijo ella—. Supongo que esa mujer no va a ir al hospital.

—No. Me llamó por teléfono después que supo. Le dije que mejor no viniera. Se lo repetí cuando pasé a buscar la ropa.

—Mmh. ¿Y usted piensa quedarse ahí para... acompañarlo?

—Bueno, sí.

—¿Solo?

—No sé. Si alguien me acompaña, bien. Si no, no. Igual me quedo a velarlo.

—Su hermana me dijo que iba a ir al hospital.

—Qué bueno. Tiempo que no la veo.

—¡Mire qué raro!, ¿no? Como si viera alguna vez a alguien de la familia...

—Pucha, mamá, me está hablando con el mismo tonito de la Alicia. Usted sabe cómo está la cosa, usted me entiende. ¿O no?

—Sí, la mamá entiende todo, para eso está. Sí, las cosas tan revueltas —comentó en tono vago.

—Y usted, ¿va a venir al hospital?



Después de una pausa, dijo:

—No. ¿Para qué?

—Bueno, mamá, chao entonces.

—Chao. Cuídese, mijito lindo.

Colgó. El “mijito lindo” le produjo una sacudida. Tanto tiempo que ninguna frase cariñosa.

Regresó al patio. En la pileta las carpas y los peces de colores, no hay que reírse de ellos, se morían de aburrimiento bajo una mancha de sol, en el agua oscurecida por el fondo musgoso de la pileta. Desde el interior de la capilla reapareció el cabo Atán.

—Ya está listo —dijo—. ¿Quiere verlo?

Entró. Olor a madera, a incienso, a polvo, tal vez a caca de ratones. El ataúd estaba destapado sobre caballetes de madera. A un lado había unas cuantas coronas amontonadas, al otro lado un enorme velón metálico, con una ampolleta en forma de llama. Se inclinó para ver el rostro de su padre. La misma cara de siempre, sólo algo amarilla. Estaba muy serio. Se supone que la muerte es cosa seria. Los labios en línea recta, bien cerrados, no mostraban esa leve desviación irónica al lado izquierdo de la boca, signo de diversión ante el espectáculo inconsecuente del mundo, que en el último tiempo iba acompañada de una mirada no sólo triste, sino desolada. El gesto permanente de los últimos años. Pero ahora, nada de eso. El pelo corto como siempre, mucho más blanco de como lo recordaba y en la cabeza una zona calva, la tonsura militar, decía él, ma' qué tonsura, una calvicie franca, rodeada de una orla de pelos ralos tiesos, algo erizados. Corona de espinas.

El cabo lo había vestido con esmero: chaqueta a cuadros, camisa, corbata. Desde la cintura hacia abajo, el cuerpo estaba metido en una funda de hule abierta en V en la parte superior. La levantó un poco por un lado para ver el resto del cuerpo, pero el cabo le dijo con alarma:

—Eso no. No haga eso.

Sintió cierta sospecha, pero obedeció. Se quedó de pie inmóvil, sin saber muy bien qué hacer. Se rascó la cabeza. El otro se mantenía igualmente de pie a unos dos pasos de distancia. Imperaba el silencio. En la capilla había media docena de bancas de madera

alineadas, largas bancas de iglesia con travesaños para poner los pies, o para hincarse a rezar.

—Voy a llamar por teléfono otra vez —dijo Jaime—. Para avisar. La familia.

Salieron juntos. El cabo cerró la puerta de la capilla con llave.

—¿Y después, cómo hago para entrar?

—Yo le paso la llave. Tome, aquí la tiene.

—¿Y si usted se va?

—No. Yo me voy tarde.

Sintió una violenta punzada de hambre:

—Perdón, mi cabo... ¿Usted sería tan amable de conseguirme algo de comer? Un sánduche, algo así, una bebida.

—Afirmativo.

Recibió el dinero que le pasó Jaime. Saludó cuadrándose y dio media vuelta.

Fue de nuevo a Estadística, atravesando el patio. Había una mujer maternal, amable, detrás de un mesón alto.

—Quisiera pedirle el teléfono. Se murió mi papá. El coronel Román. Tengo que avisarle a algunos parientes.

—Sí, claro, cómo no. Llame no más. Tranquilo.

¿Acaso parezco intranquilo? Hizo la ronda de las llamadas: la tía Carolina, que estaba como esperando para estallar en lágrimas; el tío Marcos; al tío Lautaro no lo encontró; llamó además a unos amigotes de su padre, milicos en retiro, gente de la compañía de seguros. También avisó a la radio. La voz aguardentosa del gerente, “El Roto” Reilly: Sí, pues hombre, ya me dijeron que se murió su papá, bueno, lo siento mucho, pus. Qué huevada. La muerte quiero decir, ¿nocierto? Claro que uno lo sabe, pa’ eso estamos y si a usted le cae la teja, bueno, tiene que hacerse cargo, bla-bla-bla, etcétera. Luego, en otro tono: Mire, Jaime, en cuanto esto pase venga a hablar conmigo, mire que las cosas están hediondas, usted sabe mejor que yo. Sí, señor, gracias, el funeral es mañana, voy para allá en cuanto. Y la voz melosa de Sotito, el de los avisos: Lo siento mucho, don Jaime. Bueno, Soto,

gracias, siéntalo, pero avísele a los de prensa que por hoy se las arreglen sin mí. Allende va mañana a la Universidad Técnica, discurso importante, hay que pedir una línea con tiempo; bueno, eso Fuenzalida ya lo sabe, él está a cargo. Mañana... no sé a qué hora podré llegar.

Colgó. ¿Qué más, qué más? Llamar a la susodicha. Aló, ¿Alicia?

— ¡Vaya! Qué sorpresa. ¿Qué pasa ahora?

— Manerita de contestar. Buenas tardes.

— Disculpa. Con los nervios la buena educación se va al hoyo. Buenas tardes. ¿A qué debo el honor?

— Si no te cuesta mucho, deja ese tonito. Estoy en el Hospital Militar. Mi papá murió hoy día. En la madrugada. Yo estoy preocupado de los detalles del funeral.

— Ya. Así que se murió. Bueno, no sabía. Me da pena. Yo encontraba simpático a don Manuel, milico y todo. ¿Y qué? ¿Hasta qué hora vas a estar ahí? Después te irás a la radio hasta las tantas, supongo. Como de costumbre.

— Supones mal. No iré a la radio. Voy a quedarme aquí hasta no sé qué hora. Para velarlo. No puedo dejarlo solo.

— O sea que esta noche tampoco se cuenta contigo.

— No. Creo que no. ¿No te parece que es un caso de fuerza mayor? En todo caso, espero llegar mañana temprano.

— Alabado. Pero no estás seguro.

— Ciento por ciento, no. Sabes que las cosas están muy revueltas. Entonces, a lo mejor, si los acontecimientos se precipitan...

— “Los acontecimientos”. ¿Estás leyendo uno de tus brillantes análisis políticos?

— Sabes muy bien a qué me refiero. Puede haber una emergencia, una asonada, qué sé yo. En tal caso, hemos hablado de lo que vamos a hacer.

Por primera vez, la voz de Alicia se quebró un poco, más bien se trizó:

— ¡Pucha! ¿Hasta cuándo vamos a estar con esta incertidumbre? Por lo menos llama. No me dejes en el aire. Tu hija te echa de menos. Ni siquiera te has acordado de ella.

— Sí, me he acordado, mucho. Y también de ti.

— No tecleo.

— Dale un beso de mi parte a Alicita, ¿ya? Hasta luego, Alicia.

— Hasta luego, Jaime.

Colgó. Se quedó pensativo. De pronto vio a su lado a un cura gordito, de sotana y con parches militares en el cuello.

— Buenas tardes —le dijo con dulzura—, soy el capellán del hospital. Capitán Urzúa. Mi más sentido pésame. Yo conocí mucho a su papá.

Jaime lo miró con cara de duda.

— Me tocó estar a su lado en el momento de su muerte. Debo decirle que mostró una gran conformidad. Muy sereno. Se fue con la paz del Señor.

— Bueno, muchas gracias.

Al parecer, el cura iba a decir algo más, pero Jaime dio media vuelta y se alejó. Regresó a la capilla y encontró sobre una banca un envoltorio y una botella de gaseosa. La abrió y tomó un largo trago. Abrió el paquete desgarrando torpemente el papel y empezó a comer con ansiedad la marraqueta y la carne que encerraba, con fuerte sabor a ajo. Sin dejar de masticar, se acercó al ataúd para mirar de nuevo a su padre. Se veía su cara a través de la ventanilla abierta. Pensó que debería sentirse triste, pero no sentía nada. Tal vez una “vaga melancolía”: pensamiento cursi. Era una cara desprovista de toda expresión. Un objeto. “Indiferente”, pensó, y de pronto se acordó de aquel flaquito boliviano que estuvo sólo un año en el curso. ¿Cómo se llamaba? ¡Antequera! Qué bueno recordarlo. Qué raro también. Había faltado dos días y había vuelto a clases sin traer justificativo. El Chato Latorre le preguntó por qué. Antequera se paró muy tieso, como acostumbraba, y le dijo: “Es que mi padre se quedó indiferente”. El Chato lo miró intrigado, mientras todo el curso aguantaba la respiración. El Cara de Yegua dejó escapar un breve relincho premonitorio. “¿Indiferente? ¿Qué quiere decir? ¿Tuvo

un problema de salud?” “Sí, señor, un problema muy grave y se murió.” La total seriedad de Antequera y el estallido de la batahola feroz de los salvajes, que aullaban, mugían, relinchaban de risa, se agarraban la guata, daban golpes sobre los pupitres, pataleaban. “Ya basta, tengan un poco de respeto”, el Chato.

Terminó de devorar el sánduche, apuró el resto de la bebida dulzona, todavía fresca por suerte, y se sentó.

Cierto, la muerte produce indiferencia. Indiferencia total. Se acordó del libro de De Vigny, que tanto citaba su padre. Sacó del bolsillo de la chaqueta el ejemplar medio desarmado que había traído de la casa de doña Palmira la última vez que. Vaciló unos instantes, luego se acercó al ataúd. Pensó meter el libro por un costado de la ventanilla pero descubrió que el vidrio estaba fijo. En cambio, la tapa del ataúd estaba suelta. Con esfuerzo, porque pesaba, la levantó unos centímetros e introdujo por debajo el libro, que en el proceso se desarmó aún más. Se aplastó dolorosamente un dedo. Mientras se lo chupaba se sintió ridículo y a la vez tuvo ganas de llorar. Se apartó y se sentó en una de las bancas. Bostezó, sintió que los ojos se le cerraban y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Despertó asustado. La sombra oscura del padre estaba a los pies de su cama. La voz tan conocida:

— ¡Arriba Jaimito! Más de las seis.

Se le quitó el sueño de golpe. ¡Domingo! ¡A las carreras con mi papá!

Cuando salimos a la calle, avanzaba en el cielo un amanecer sanguinolento, una especie de turrón morado y rojizo de niebla batida que se enroscaba, había olor a humo de hojas mojadas. En la esquina de Arturo Prat tomamos una góndola que entraba por Ahumada. Entre los pasajeros, casi todos hombres, menos un par de vendedoras de sánduches de ave, que estaban sentadas al fondo junto a sus grandes canastos, había una complicidad hípica alegre. Casi todos estudiaban el programa de las carreras, algunos desplegaban y doblaban diarios para buscar los pronósticos, hacían comentarios.

Bajamos, como siempre, en la Plaza Chacabuco y corrimos todos como cabros chicos, hacia el paradero del carro que iba al

Hipódromo. Me encantaba. Era un tranvía gratis, sin cobrador. Por eso le dicen el comunista, dijo mi padre, el comentario que repetía todos los domingos de carreras. El carro avanzó dos o tres cuadras bailando sobre los rieles, dando barquinazos a izquierda y derecha, también hacia adelante y hacia atrás. Después vino una curva en redondo y el maquinista, mientras hacía girar con ostentosos esfuerzos el volante del freno, gritó: ¡Final!

Pero ya bajaban todos atropellándose, corrían en tropel, nosotros íbamos un poco más atrás caminando rápido pero sin correr, por dignidad dijo mi papá, hacia las altas puertas de reja del Hipódromo con cabezas de caballo de ajedrez en la parte superior, ya había filas delante de las boleterías para comprar las entradas. Vamos a la popular, para qué gastar de más, dijo mi papá. Otras veces íbamos al paddock.

La cosa anduvo mal. Yo era su asesor hípico oficial aunque no siempre me hacía caso. Cierto que no eran infalibles mis consejos, basados en factores como el color del caballo y su manera de mirar o de enarcar el cuello; los colores de la casaca y la gorra del jockey también podían traer suerte, eso según, además había cábalas numéricas, en las que el número siete tenía el papel principal. Mi padre prefería empaparse de estudios trigonométricos de metros por segundo partidos por kilos y calibrados por árboles genealógicos y la lista de las llegadas.

—Nos ha ido pésimo —dijo después de la sexta carrera—, si no hacemos algo ahora nos vamos. A veces no sirve para nada empecinarse, además me queda muy poca plata.

Yo pensé: Para qué tenía que jugarle tanto a Descartes sabiendo que los datos fijos nunca son tan fijos, pero no dije nada. Miramos el paseo de los caballos. Mira esa yegua tordilla, lindo animal, es la Gioconda. A ver. Se puso a revisar los números chicos en el programa de las carreras, sí, tiene buenos aprontes. Meneó la cabeza: pero no en pista mojada. El niño que era yo, no despegaba los ojos de un alazán tostado, tuza, cola, patas negras, que caminaba de lado con una especie de trote suspendido en el aire.

—¡Ése! Ése es el que va a ganar —lo dije con seguridad total. Era maravilloso y además tenía el número siete ¡en la séptima carrera!

Mi papá miró sus tablas, escéptico:

—¿Tú crees? Tiene las peores llegadas. Meses que no gana. Eso sí, hoy lo monta Araya, buen jinete... —se quedó callado, indeciso—. Bueno, le jugaremos algo. Total, peor no nos puede ir. Dime, ¿quieres apostar? ¿Te queda algo de plata?

Siempre me quedaba, porque me dolía jugar la plata que me daba. Cuando perdía, sufría pensando que pude haberla gastado en ir al cine, al Estadio o en comprar Hombres Audaces. Pero ahora no vacilé:

—Sí, me quedan diez pesos. Toma, juégaselos por mí.

Mi padre se perdió hacia el lado de las boleterías, porque antes de jugar le gustaba mirar la boleteada y escuchar lo que decían los hípicos, a veces un comentario lo llevaba a cambiar de caballo a última hora, con resultado casi siempre desastroso. En un árbol, un letrado advertía: CUIDADO CON LOS DATEROS. Yo creía que era un error, una advertencia mal escrita contra los rateros. Pero no: después supe que era contra unos individuos mal trajeados, mal afeitados y de mirada huidiza, que siempre daban datos fijos, por eso “dateros”, datos provenientes del preparador o del jinete o del dueño del animal, según decían. O del propio animal, según mi padre. Como recomendaban diversos caballos a diversos conocidos ocasionales, casi siempre acertaban con alguno y después aparecían, con sonrisa de ratón, a la salida de las cajas de pago, para pedir comisión o “barato”.

—¿Y cómo saben quién ganó? —le pregunté una vez a mi papá—, tienen que tener muy buena memoria.

—Es fácil: el hípico que ha ganado tiene una luz en la frente. Es como la aureola de los santos. Se le reconoce al tiro.

Nunca pude ver aquella luz, aunque miraba a los triunfadores con gran atención. A veces costaba saber si mi papá hablaba en serio o en broma. Me quedé por ahí vagando, mirando los caballos, los jinetes de la próxima carrera, que se pesaban sujetando sus monturas entre las manos, y el público, que había aumentado enormemente en las horas transcurridas.

Reapareció y me pasó los boletos que me correspondían.

—¿Dónde prefieres? ¿Arriba o al lado de la pista?

No tuve dudas. Desde arriba se aprecia mejor la carrera, aunque

al comienzo lo que se ve son una especie de escarabajos que se mueven por la pista sin dar sensación de velocidad. En cambio abajo, claro, algo se pierde, no se puede apreciar todo el grupo, pero la emoción es tremenda cuando aparece encima, tan cerca, el pelotón de los enormes caballos a toda carrera, los jinetes encaramados en sus estribos cortos, las caras contraídas, huasqueando a lado y lado. Los cascos baten la tierra color café oscuro y resuenan como los tambores lejanos en las películas de Tarzán y hacen saltar terrones y corazones. El chivateo de la gente, creciendo y acercándose, lo envuelve todo y se alcanzan a distinguir maldiciones, insultos, ruegos y hasta plegarias unidas a los nombres de los caballos. Algunos dan saltos mientras gritan, parecen locos. Mi papá repetía con voz ronca: Nocarodes solo ¡mierda! Nocarodes solo ¡mierda! Nocarodes solo ¡mierda! Era raro que dijera esa palabra, nunca decía garabatos.

Seguí la carrera como en sueños, sin extrañarme de que Nocarodes jinete pantalón blanco blusa roja mangas blancas lunares rojos gorra blanca, avanzara sin esfuerzo a grandes saltos por fuera del grupo hasta ganar un cuerpo de ventaja sobre el favorito Goody-Goody, al que los populares llamaban Godoy-Godoy. Amainó el vocerío, terminó la carrera y mi papá dijo:

—Ganó Nocarodes, ¡mierda!

Al lado de la caseta de los jueces subieron una bandera. Hubo silbidos, pero casi todo el público estaba callado, apabullado por la sorpresa. Hubo más silbidos y algunos gritos de protesta cuando en la pizarra negra aparecieron en letras y números blancos los dividendos: 7 Nocarodes 505. Vi que mi papá abría mucho los ojos. Lo miré con cara de pregunta. Él hizo algo raro: me tomó en brazos y me dio un beso rasposo muy apretado, en la cara. Hacía años que no me tomaba en brazos.

—¡Ése sí que fue batatazo! ¿Te das cuenta? Quinientos cinco pesos por cada cinco. Bueno, bueno, vamos a cobrar —el tono apremiante, siempre apurón.

Partieron caminando muy rápido hacia las cajas, donde se estaban formando colas delante de las ventanillas.

—Ven, pongámonos aquí —y se colocó detrás de la fila más corta, compuesta sólo de tres hombres. Detrás de la ventanilla de la caja de pago, el cajero le pareció a Jaime un gigante en una jaula.



Era muy moreno y tan grande que, desde su estatura de siete años, sólo le veía la corbata. Para verle la cara, tuvo que dar un paso atrás y mirar para arriba. Le pasó sus boletos.

—Vaya —dijo el hombrón—, le achuntaste a Nocarodes. ¿Sabes cuánto te ganaste?

—¿Mil diez pesos?

—Exacto. ¿Cómo los quieres? ¿En billetes de a diez?

—Sí.

Le pasó los billetes. Casi no lo creía: nunca había tenido tanta plata.

—Ten cuidado con eso. ¿Andas solo?

—No, ando con mi papá —se lo indicó con un movimiento de cabeza hacia atrás.

—Ah, vaya —dijo el gigante—, gusto de verlo, capitán.

—Le presento a mi hijo Jaime.

Por la ventanilla salió una mano morena muy grande en la cual su mano extendida parecía de enano. El hombrón se la estrechó. Luego el padre le pasó sus boletos. Eran un buen montón, o sea que para jugar no le quedaba tan poca plata como decía. El cajero dio un pequeño silbido. Después se puso a contar billetes, muchos billetes, les colocó un elástico y le entregó el fajo.

—Ahí está. Que aproveche.

—Gracias. Bueno pues, gusto de verlo. ¿Cómo van las letras?

—Ahí. Poco a poco. ¿Y las tuyas?

El padre sacudió la cabeza como diciendo así así.

—Que le siga yendo bien, capitán.

Mientras guardaba la billetera, muy gorda, en el bolsillo de adentro de la chaqueta, me dijo:

—Éste es un gran escritor chileno. Manuel Rojas. Mi tocayo.

Miró fijamente al gigante. Éste sonrió de mala gana, como si le doliera algo, y se encogió de hombros.

Del Hipódromo se fueron a “La Bahía”, en un auto de arriendo. A la entrada, donde vendían mariscos y otras cosas y unas grandes corvinas pensativas movían apenas las aletas en el agua verdosa del

estanque de vidrio, el padre compró un ciento de ostras medianas borde negro, pan de molde, seis paltas reinas, cuatro perdices en escabeche y dos botellas de blanco Rita Banquete. El auto los esperaba a la puerta. Partieron. Pararon donde Gage para comprar una docena de merengues con crema Chantilly.

Elena abrió la puerta con cara de alarma. Era temprano para que estuvieran de vuelta y eso normalmente significaba que Manuel había perdido todo en las primeras carreras. Al ver los paquetes frunció los labios y movió la cabeza. No le gustaba que fuera a las carreras. Aunque ganara a veces. Raras veces. Y menos le gustaba que llevara al niño.

Mientras iban hacia la cocina, cargados con las compras, Jaime llevaba con extremo cuidado el paquete con la bandeja de los merengues, el papá iba contándole a Elena, con muchos gestos la victoria de Nocarodes, la gran tincada de Jaimito. Ella no decía ni una palabra.

Al día siguiente, Jaime se encontró en la Alameda con don Luciano, un marino retirado, viejo amigo de la casa. Alto, gordo, pelo canoso, sombrero con huincha y anteojos, siempre vestido de azul marítimo y con olor a colonia inglesa.

—¿Qué tal, jovencito? ¿Cómo están por tu casa?

—Bien, gracias.

Sin poder aguantarse la novedad le contó del histórico triunfo de Nocarodes, el 7 en la séptima y el tremendo dividendo que pagó, 505 pesos por cada cinco.

Los anteojos de don Luciano comenzaron a echar chispas y se erizaron los abundantes pelos que sobresalían por sus fosas nasales. Jaime lo contemplaba hipnotizado mientras peroraba:

—¡Qué barbaridad! Hazme el favor de decirle a tu padre que estoy en absoluto desacuerdo con que él vaya a ese antro de juego y encima que te lleve a ti. Ya es bastante malo que vaya él y queme la plata que no tiene en las patas de los caballos. Pero llevar a un niño es inicuo.

Lo miró con una fijeza terrible y dijo marcando mucho las sílabas:

—Ten presente que el juego en todas sus formas, caballos, ruleta, tómbolas, naipes, sorteos, lotería o lo que sea, lleva a miles

de hogares a la ruina. Grábatelo bien. El juego conduce a la cárcel, a la mendicidad y al crimen.

En la casa, le contó a su papá lo que había dicho don Luciano. Se molestó:

—No hay ninguna necesidad de andar diciéndole a nadie que ganamos en las carreras. Y menos a ese carcamal náutico. ¿Qué fue lo último que dijo?

Le repitió lo de la cárcel, la mendicidad y el crimen y el padre se puso a reír hasta que le salieron lágrimas. Después, cada vez que lo invitaba a las carreras, decía:

—Ya, Jaime, vamos a la mendicidad y al crimen.

Padre e hijo se reían como locos, pero la mamá seguía muy seria. El chiste no le hacía ninguna gracia.

Se enderezó en la banca de madera. Bostezó. Sentía la espalda tiesa. Cuánto habré dormido, qué hora será. Las cuatro y cuarto. ¿Qué estará pasando?

Miró el alto techo de madera de dos aguas. ¿Por dónde salir en caso de terremoto? Era una cuestión que se planteaba con frecuencia, cada vez que llegaba a un recinto diferente de los habituales. Bueno, dicen que la madera resiste bien, mucho más flexible que el adobe.

Los deudos comenzaron a llegar a las cinco. Fuera de la tía Carolina, ninguno de los acompañantes parecía muy triste. El tío Marcos llegó con un ramo de claveles rojos y le dio una palmada en la espalda. Los de la radio, Cárcamo, Barría y hasta el Chico Rojitas de contabilidad, que no llegó por decisión propia sino porque lo mandó el gringo, se dedicaron a contar chistes de velorio. Él se mantuvo serio porque le pareció que era lo que se esperaba de él. Además eran chistes viejísimos. Seguía sin sentir nada. El doctor Saavedra lo miraba con extrañeza, pero no iba a hacer teatro llorando a la fuerza por darle en el gusto a los demás.

Al llegar Soza dijo entre dientes algo ininteligible como pésame pero en seguida pasó al tema de fondo: La cosa está peluda, el cuerpo de generales le dio un ultimátum a Allende. ¿Todos los generales? ¿No decían que hay algunos que? Psh, yo no creo que

haya generales de izquierda. Cierto, se habría oído decir, los que apoyaban al gobierno, Prats, Sepúlveda y Pickering ya se fueron. Pero Brady... ¿El general Brady? Los socialistas dicen que es socialista. ¿Y el general Urbina? No sé. En el Partido dicen que Allende va a llamar a plebiscito. ¿Y si lo pierde? Se va. Nuevas elecciones. Pero eso los socialistas no lo aceptan ni a cañón rayado, el MAPU y la Izquierda Cristiana, menos. Tal vez ya no es hora de pensar en plebiscito, ¿no te parece? El golpe es cuestión de tiempo. ¿Cuánto tiempo? No sé, pocos días, horas tal vez. Soza de pronto, con cara preocupada: dime, ¿tienes vista alguna casa? ¿Cómo para qué? Para fondearte en caso de golpe, es lo que recomendaron los viejos, que cada uno tenga vista una casa segura. No sé, no tengo idea, no he tenido tiempo para pensar en eso, algo he visto, tal vez me iría donde alguien de la familia.

La tía Carolina, que tenía los ojos muy colorados y todo el tiempo sujetaba su pañuelito delante de la nariz, se acercó, lo abrazó y se puso a llorar muy fuerte, mientras el tío Juan, con la boca fruncida en un puchero, le daba golpecitos en la espalda. Pobre mijito, no puede llorar le dijo la tía entre sollozos, tiene que llorar, tiene que desahogarse. No pudo seguir hablando. Jaime la abrazó y sintió como hipaba y se estremecía su cuerpo, muy delgado y liviano. Al besarla sintió la sal de las lágrimas en la boca y un olor muy suave a violetas. El perfume le dio pena, quizás por qué. Tengo pena, pensó, y puso la respectiva cara de pena pero no lloró.

Un hombre moreno y gordo, de voz retumbante, entró pisando fuerte y le dio un abrazo de oso. Era un agente de seguros, Guzmán Castro, “Culebrón con dos apellidos”, decía su padre:

—P'ta madre, Jaimito, vamos a echar de menos a su papá, siempre el más ingenioso, cuando llegaba a la oficina todo se suspendía, se formaba rueda para escucharlo. Era el momento de la risa. Y muy buen agente de seguros, ese don de gentes —sacudió la cabeza. Su voz retumbaba. Todos lo escuchaban. Le dio un nuevo apretón—: Su partida es una gran pérdida para la Mutual de la Armada. Créame que lo siento, Jaimito —luego, bajando la voz, igual retumbaba—: ¿Usted qué ha sabido? Viene mala la mano. Para el gobierno, digo. Yo simpatizo con el doctor, pero es que ya no se puede: no hay carne, huevón, no hay pollo, huevón. No hay ni pasta de dientes. Así no puede durar mucho más. Usted es inteligente, se

da cuenta, ¿no? La gente ya no puede aguantar más, ¿no encuentra? Pero usted debe saber más de algo, trabajando en la radio.

—No sé nada, nada concreto, quiero decir, solamente rumores.

—Cuando el río suena —bramó el Culebrón en lo que creía un tono confidencial, con todos los decibeles y una carcajada intempestiva.

En ese momento Jaime vio que entraba a la capilla una mujer alta, impresionante, buenas tetas, toda de blanco, que meneaba las caderas al caminar. Llevaba muy alta la cabeza, coronada por una abundante melena oscura y corta. Le pareció muy conocida pero se sorprendió cuando ella se detuvo frente a él y lo apretó contra sus senos diciendo:

—¡Jaimito!

—¡Clara de las Mercedes! —reconoció recién a su hermana.

—Más conocida por Chita. Así que nos dejó el viejo...

—Sí.

—Sin avisar, como de costumbre —comentó con su voz profunda, y agregó—: ¿Y la Elena?

—Hablé con ella. No piensa venir.

La Chita pensativa:

—Como mula hasta el final. ¿Y tú?

—Yo qué. Vine porque tenía que venir. Me voy a quedar a velarlo hasta la hora que. O sea, hasta mañana.

—¿Por qué? ¿Tú crees que le hace falta?

No supo qué responder:

—Bueno, es lo que se hace.

—Ja —hizo ella sin alegría—, ¡quién lo habría dicho! El comunista, depositario de la tradición familiar y cristiana.

—Popular —precisó Jaime.

Ella echó la cabeza atrás y rió fuerte:

—¡Muy buena!

La tía Carolina la miró con reprobación.

—Voy a echarle una mirada de gudbai al viejo —dijo Chita.

Se desplazó fachosa hasta el féretro y se inclinó para mirar largo rato al muerto. Regresó caminando con lentitud. Los ojos se le habían puesto colorados. De pronto le echó los brazos al cuello y lo besó con inesperada ternura. Jaime sintió su calor, la tensión muscular de su cuerpo, un olor a colonia o a desodorante caro y a mujer. Luego se apartó con brusquedad y dijo rabiosa:

—¡Por qué tienen que morirse los huevones que una quiere!

—A todos nos toca. A los huevones y a las simbólicas. Es la condición humana.

—¡Ja! *Of human bondage*. ¿Te quedaste pegado en eso?

—Se te nota el Santiago College.

—Bueno ya. Tengo que irme. Llámame uno de estos días, tenemos que vernos.

La tía Carolina se acercó:

—Bueno, mis niños, me van a perdonar pero es tarde para mí.

Tuvo otro breve acceso de llanto y no pudo decir más. Salió con el pañuelito en los ojos seguida por el tío Juan, muy cariacontecido. Fue como una señal. Todos se despidieron y fueron saliendo con cierta precipitación.

—Yo también me voy —dijo la Chita—, esto no da para más. ¿Qué piensas hacer?

—Lo mismo que antes.

—Locutear en la radio, hacer el periodista y andar por ahí comunisteano, me imagino. ¿No es hora de que pienses en otra cosa?

—¿Cómo qué?

—No sé. Un trabajo serio. Algo en que puedas ganar plata, comprarte una casa decente. Comprarle ropa a tu mujer. La última vez que la vi parecía señora de población.

No dijo nada. Ella:

—¿Y el viejo, dejó algo fuera de las deudas?

—No creo. La Elena va a tener el montepío.

—Con eso para qué más —dijo ella con repentina amargura—. ¿Y la otra vieja, la señora California?

—¿California? ¿Por qué le dices así? ¿Crees que es gitana?

—No, es por la fiebre del oro. Es que usa más joyas de oro que señora de carabinero.

—No seas perversa. Es una buena mujer. Era muy cariñosa con mi papá.

—¿Y contigo, me imagino?

—Este... sí, también. Es una persona buena. Y muy sola. Viuda.

—¿De un almirante, ¿no?

—Sí.

—Debe tener la perseguidora. Se las puede arreglar.

Abrió la pequeña cartera que llevaba, se miró en un espejito y se retocó los labios con un rojo sangrante.

—Bueno, hermanito. Me voy. Llámame.

Echó a andar. Jaime siguió con la vista el vaivén elegante de su trasero hasta que desapareció por la puerta.

Asus espaldas sintió un discreto carraspeo. Se sobresaltó porque creía que ya no quedaba nadie en la capilla. Era el silencioso doctor Saavedra con su gran barba, su padre lo llamaba “el Nazareno”, siempre decía que, como la barba le cubría el pecho, cabía la duda de si usaba corbata o no. Al parecer el doctor se había quedado junto al ataúd o en algún rincón. Que anduviera sin corbata bajo la barba un tipo tan serio y además (bajando la voz) masón, sería inconcebible, decía su padre.

—Perdóneme, Jaime —dijo con su acostumbrada formalidad—, le reitero mi más sincera condolencia. El coronel don Manuel Román era en muchos aspectos una persona notable. Si se le ofrece algo, no vacile en llamarme.

Le dio una mano yerta, hizo una venia profunda, casi estilo japonés, y se dirigió a la puerta. Iba saliendo cuando apareció frente a él un sargento muy moreno, furioso.

—¿Qué está pasando? Aquí no puede quedar nadie —ladró—. Todas las visitas deben salir del hospital antes de las seis.

Jaime miró el reloj. Eran las seis y media pasadas. El doctor Saavedra se detuvo molesto y echó la cabeza atrás, su barba se proyectó al frente de manera arrogante:

—Voy saliendo, señor.

—Perdón, sargento —dijo Jaime con firmeza—, soy el hijo del coronel Román, que falleció hoy. Estoy autorizado para quedarme aquí velándolo.

El doctor Saavedra hizo una venia y salió. El sargento levantó la gorra sujetándola de la visera y se rascó la cabeza con un dedo. Parecía indeciso:

—La orden es que no quede nadie. Ninguna visita. ¿Me dijo que es mi coronel Manuel Antonio Román el que está ahí, en el cajón?

—Sí.

—Pucha —dijo—, yo serví en el Carampangue con él, cuando era mayor. Era muy joven en ese tiempo.

Jaime se limitó a mirarlo.

—Pensar que está muerto —murmuró. Miró a un lado y otro y bajó la voz—: ¿Sabe qué más? Por ser usted y por mi coronel Román lo voy a dejar aquí, aunque la orden que me dieron fue que no quedara nadie. Pero se va a estar bien callado, adentro de la capilla, con la puerta cerrada. Si aparece alguien y le pregunta por qué está aquí, usted dice que está autorizado por la superioridad para velar al difunto y punto.

—De acuerdo.

El sargento se cuadró y llevó la mano a la visera. Jaime le respondió con una venia al estilo del doctor Saavedra.

Traiguén. Los cuatro años. A los tres creía que los cuatro marcaban el inicio de un nuevo estado. La mamá: “Cuando cumplas cuatro años, vas a poder vestirme solo...” Al despertar, aquella mañana, su primer pensamiento fue ¡ya tengo cuatro años! Algo iba a pasar, grandes cambios. Dos minutos más tarde, estaba llorando desesperado enredado en la camiseta, en los botones del mameluco y en la hebilla de la sandalia izquierda, al comprender que todavía no era capaz de vestirse solo, a pesar de tener cuatro años cumplidos. Sonrió al recordar aquel tiempo. Todavía no lo mandaban a la escuela por chico. Tampoco al jardín infantil, en Traiguén no existía semejante cosa, además en Chile eran escasas las mentes crueles capaces de concebirla.



Se vio tratando de hacer andar el triciclo por sobre la conchuela blanca esparcida en los caminillos entre los prados de la plaza de la estación. Era difícil. Las ruedas se hundían hasta los ejes en esa materia crujiente. Quedaba paralizado sobre su vehículo a cada penoso pedaleo. Rabiaba hasta las lágrimas y sacaba a tirones el triciclo de su atasco, para volver al ataque. Su madre, entretanto, sentada en un banco vecino, estaba concentrada en su tejido y en sus pensamientos, bajo un gran sombrero blanco. Un día Jaime le presentó un formal reclamo a su padre por ese material que impedía la circulación del triciclo, pero él hizo una aplastante defensa de la conchuela, muy usada en aquel tiempo en parques y plazas, por su limpieza y su carácter higiénico e hidrófilo. La plaza de la estación era una obra municipal de bien público en la que habían participado esparciendo la conchuela los conscriptos del regimiento.

Jaime, lloroso: Pero es que no puedo hacer andar el triciclo por más que hago fuerza. ¡Me llegan a doler las piernas!

El padre: Eso es bueno, así fortaleces los músculos.

Después ya más grande, ¿tendría seis, siete años? por las tardes se juntaban los cabros para ir al río a practicar el deporte de la infancia: tirar piedras. Trataban de hacer patitos con las piedras chatas y redondeadas, pero no lo conseguían casi nunca. En cambio, algunos lograban a veces tumbar de un peñascazo una diuca o un chincol. Jaime era el único del grupo que usaba calzado, unas ridículas sandalias, pero normalmente se las sacaba para estar en igualdad de condiciones. Enardecía a su mamá la cantidad inexplicable de mugre que podía acumular en sus pies pero la indignó mucho más que un día llegara sin la sandalia derecha, perdida para siempre de manera inexplicable: había resbalado al cruzar el canal caminando por encima de la compuerta de madera y metió hasta la rodilla la pierna en el agua. Pensó que se caía, pero de alguna manera recuperó el equilibrio. Cuando sacó el pie del agua la sandalia no estaba. La retada fue terrible pero lo cierto es que, de todas maneras, ni la mamá ni el papá se oponían a sus callejeos.

La capilla estaba poco iluminada. Se acercó al ataúd y miró al padre a través del vidrio. Tenía la cara más oscura en la parte de la barbilla y encima de la boca, dicen que a los muertos

les crece la barba. ¿También las uñas? La cabeza se le veía muy calva, con su pequeña orla blanca, le pareció más que la última vez. Se acordó de lo que decía de la tonsura militar: no es una promesa ni la corona de espinas, es la gorra. Al final, todos calvos, dijo el Pepe. Con gran dificultad levantó la tapa del ataúd porque pesaba bastante, y la dejó a un lado. Después abrió aquella tela en V de donde emergía la parte superior del cuerpo con su chaqueta a cuadros, camisa y corbata y miró hacia adentro. Se veía poco. Se palpó los bolsillos. Por suerte andaba trayendo una caja de fósforos. Encendió uno, lo levantó mientras sostenía con la otra mano aquella extraña cobertura y vio lo que hasta cierto punto esperaba: después de la chaqueta sólo seguían los calzoncillos y las piernas desnudas del padre, más flacas de cómo las recordaba, a lo lejos los pies con calcetines oscuros. Le pareció indecoroso. Y el cabo, huevón fresco, ¿sería que le hacían falta los pantalones? Era del servicio funerario del ejército, el encargado oficial de vestir a los muertos. Si a todos los metía al cajón sin pantalones, el negocio era claro: un puesto de pantalones en el Mercado Persa.

¿Qué estará pasando afuera? Por qué no traje una radio. Cada vez más color de hormiga. El día antes el Perro Olivares dijo en la Moneda, mientras esperábamos la reunión ritual de Suárez con los periodistas UP, que los agentes de la CIA hacen nata, a mí me siguen al canal, de ida y de vuelta, tengo anotadas las patentes, el golpe ya está en marcha pero a mí no me agarran, con un gesto indicó la pistola que siempre andaba trayendo, metida entre el pantalón y la camisa y bien acuñada con la guata. Millas en la reunión de periodistas del partido en Teatinos, el sábado, no, el viernes: de hecho el golpe ya comenzó en algunas provincias, como Osorno. Muy al oído el negro Cortés le dijo que el partido estaba de acuerdo con Allende en llamar a plebiscito y despejar de una vez la cosa, pero los socialistas y el Mapu Garretón y la Izquierda Cristiana no quieren. ¿Y qué mierda quieren entonces? Altamirano pinchó el globito, dijo Olivares cuando fue a verlo al Canal 7. ¿Y eso qué quiere decir? Que ya no hay nada que hacer. ¿Y el llamado a plebiscito? Se encogió de hombros y se acomodó el pistolón. Estaba claro que no creía en ninguna fórmula de última hora. Ninguna ilusión. Y Waldo, con su pachorra franciscana: cuando venga el golpe será a degüello.

Despertó de súbito con la sensación de una presencia ajena. La capilla estaba en sombras, pero desde una ventana alta descendía en diagonal un bloque translúcido de luz lunar, vagamente celeste. Se sentó en la banca, donde había terminado por encontrar una postura adecuada para dormir y vio una silueta blanca, inmóvil, junto a la parte anterior del ataúd, donde estaba la ventanilla. Estaba inclinada hacia adelante, contemplando la cara de su padre.

— ¿Quién está ahí? —preguntó con voz insegura.

La figura se enderezó y volvió la cara hacia él. Era un hombre alto y macizo, que vestía un delantal blanco de médico o enfermero. Se acercó hasta que la luz de la ventana iluminó su rostro. Le pareció muy conocido. Esa cara cetrina como tallada en piedra, de altos pómulos y pequeña nariz aguilina... Lo reconoció de golpe:

— ¡Órdenes!

El hombre se cuadró haciendo sonar los tacos:

— Sargento 1º Mardoqueo Órdenes Tragnolao.

Su voz era sorda, de tono profundo, pero al final tuvo un imprevisto falsete. Jaime se puso de pie y se acercó al hombre. No era tan alto como lo recordaba, pero tal vez más ancho, con un tórax poderoso, de boxeador, y la misma cara de siempre, cara de indio de palo. Lo abrazó torpemente. El hombre lo palmoteó a medias.

— ¡Pucha, Órdenes! ¿Cuántos años hace que no nos veíamos?

— Veinte por parte baja, Jaimito. Puede que más. Desde cuando vivían en la calle Dieciocho y yo era el ordenanza de mi coronel, bueno, en ese tiempo era mayor.

Órdenes jugando fútbol entremedio del tierral del Parque Cousiño con nueve partidos simultáneos en diferentes direcciones, los arcos marcados con ropa pisada con piedras y yo cabro chico corriendo detrás de la pelota por no dejar, con la lengua afuera, Órdenes, el back centro impasable, el del taponazo imparabile. A la vuelta, la sensación de caminar en alto por la vereda pavimentada de la calle Ejército encaramado sobre los estoperoles de los chuteadores, el cuerpo desmadejado, a ratos tiritando de cansancio, arrastrando los

pies pero no por eso dejando de darle una que otra patadita gentil a la pelota colgando de la red. La Lucecita, la señora de Órdenes, abría la puerta de la casita de juguete, luminosa de puro limpia, donde Órdenes apenas cabía, y su sonrisa tan cariñosa, que se le contagiaba: Pasen, pasen ¿quiere que le sirva un huevito a la ostra, Jaimito? Sintió en la boca el sabor marítimo del huevo semicocido en limón, sal y pimienta y el de la hallulla tibia a mordiscos.

— ¡Pucha, Órdenes! —le tembló un poco la voz.

Sonreía el sargento, no era muy demostrativo pero echaba una especie de calor. Se veía casi igual que antes, el pelo muy corto y apenas unos cañones plateados en las sienes.

— ¿Y usted sabía que mi papá estaba aquí?

— Sí pus. Y también supe la vez anterior que estuvo, hace como seis meses, cuando lo operaron del riñón. Yo trabajo aquí en las cocinas y hoy llegó el comentario de que mi coronel Román estaba en el hospital, muy grave, en las últimas dijeron.

— ¿Y usted alcanzó a verlo vivo?

— Sí. Y también alcancé a hablar con él.

— ¡Habló con él! Entonces todavía no estaba tan mal.

— Estaba recontra mal. Por suerte alcancé a despedirme de él. Yo le pedí permiso a mi capitán Soto para ir a verlo, le expliqué que había servido con mi coronel, entonces el capitán consultó con el doctor del cuarto piso y me dijeron diez minutos, no más. Me reconoció al tiro. Estoy jodido, Órdenes, me dijo.

— ¿Y cómo estaba? ¿Estaba consciente, hablaba?

— Hablaba todo el tiempo, aunque le costaba, es que tenía muchos dolores, decía que un puma le tenía clavados los dientes en la nuca, a ratos se quejaba pero sobre todo rabeaba. Estaba muy choreado mi coronel. Muy re molesto. Sufría pero estaba indignado. Pocas veces lo había visto tan furioso.

— ¿Qué decía?

Órdenes recitó mirando a la pared del fondo como si estuviera leyendo en la oscuridad y a Jaime le pareció reconocer el tono y la voz de su padre:

yo estaba bien pero ahora estoy mal es intolerable pero es un hecho lo cierto es que no sólo estoy mal estoy peor cada vez más velozmente peor es un abuso insoportable no es lo que esperaba no estoy preparado no es el momento no es lo que se me dijo hay tantas cosas pendientes por qué mierda no le dicen la verdad a uno esto es una impertinencia y un engaño hay algo que anda reverendamente mal no hay derecho, hombre es un atropello ¿por qué no dicen antes claramente? a mí nadie me dijo no señor, los hechos consumados no hay respeto no hay jerarquía es un atropello no es cuestión de jerarquía en fin de cuentas lo que uno pide es un poco de humanidad ¿y qué se saca? disculpe que me queje Órdenes pero siento los dientes del puma cada vez más adentro de la nuca apretando apretando uf, no se aguanta ¿se da cuenta, Órdenes? un puma en el Hospital Militar no es posible voy a mandar un oficio cierto que estoy en retiro pero un jefe aunque sea (R), siempre es un jefe Órdenes, por favor, por qué no hace algo, hombre.

— ¿Usted estaba ahí cuando murió?

—No. Vino el cabo enfermero que tenía que ponerle la morfina y me echó para afuera. Yo me quedé esperando. Al rato salió. Venía blanco como un papel. Lo miré con cara de pregunta. Me hizo seña que sí. Eso fue todo.

Jaime bajó la cabeza y suspiró. “La paz del Señor”. Le dio pena pensar en el reclamo de su padre: “nadie me dijo... no hay derecho, no hay jerarquía”. Eso sobre todo: la falta de respeto a la jerarquía. El mayor escándalo militar. Sonrió sin querer. Tal vez su padre también su padre habría sonreído.

—Órdenes —levantó la cabeza y, bah, no había nadie—: ¿Órdenes?

Hubo un eco leve. La capilla estaba perfectamente inmóvil y sola: allá el cajón, las dos aguas del techo de madera que subían y se encontraban en ángulo agudo, la puerta cerrada y el rectángulo imperturbable de luz lunar.